

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de Colón, (antigua local del Gobierno Civil)
ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 6 DE NOVIEMBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. » 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 774

DE ACTUALIDAD

El rábano por las hojas

«El Liberal» ha tomado, ó aparenta tomar el rábano por las hojas, á propósito de lo que anteaer dijimos acerca del ministro de la Gobernación, en lo relativo á la cuestión del pimiento. Y retorciendo el sentido de nuestras manifestaciones, ha encontrado ocasión el apreciable colega, para que sus vendedores pudieran gritar anoche: «El Liberal», con el comentario del tira y afloja!»

Y bien mirada la cuestión, ni el colega tiene razón en lo que respecta al partido liberal de Murcia, ni en lo que á EL CORREO afecta: ni aquel ni este se entretienen en tirar ni aflojar: se limitan á mantener su criterio ya conocido en dicha cuestión, criterio claro, concreto, definido, y que por serlo no se parece en nada al dudoso, ambiguo é indefinido de «El Liberal».

Después del telegrama del ministro de la Gobernación á los gobernadores de Alicante y Murcia, no creemos que pueda seguirse llamando «mezclista entusiasta» al Sr. Moret, el cual recomienda que se redoble la vigilancia para perseguir la mezcla al pimentón de toda sustancia extraña.

Pero aunque el Sr. Moret fuera mezclista de lo más entusiasta, siendo como son los liberales de Murcia enemigos decididos de la mezcla, no vemos que esta diferencia de criterio en la cuestión del pimentón, les coloque en situación difícil con respecto al gobierno: ¿ó es que acaso quiere hacer el colega de la mezcla del aceite, dogma político fundamental del partido liberal?

El que en un mismo número de nuestro periódico se censurase lo dicho por el Sr. Moret en el Congreso y se aplaudiese lo telegrafiado por el Sr. Moret al gobernador, demuestra nuestra imparcialidad, la independencia de nuestros juicios—aunque no tengamos accionistas que corten el cupon saneado—y que no está en lo cierto el estimado colega cuando afirma que escribimos de encargo ó al dictado.

Escribimos con arreglo á nuestro leal entender y á nuestro honrado sentir: y nos gusta colocarnos en todas las cuestiones en actitud franca y resuelta, como en esta del pimiento lo estamos en frente de toda adulteración, adición ó mezcla y en favor de la pureza absoluta del producto.

¿Puede decir otro tanto «El Liberal»? Con más razón pudiera aplicársele á él que al partido liberal y á nosotros lo del tira y afloja. Porque es muy cómodo decir que se está al lado de la huerta, pero sin soltar prenda en lo referente al aceite, ni decidirse por Pulido ó por los cultivadores, que son términos del problema completamente incompatibles y absolutamente antitéticos.

Nosotros no tenemos por qué tirar y aflojar: nuestra tensión es siempre la misma: con la huerta y contra todo aquel que contrarie sus justas, sus legítimas, sus honradas aspiraciones: con Moret cuando ordena perseguir la mezcla y contra Moret cuando parece inclinarse en favor del aceite, quizás por evitar un ruidosísimo fracaso y una tremenda derrota á su subordinado el director general de Sanidad.

Y conste, para terminar, y aquí viene perfectamente lo del rábano, que

nosotros no hemos tratado de poner en duda la veraz información de «El Liberal» ni de ningún otro colega, ni menos suponer que «se había hecho aquí» lo de atribuir al Sr. Moret conceptos favorables á la mezcla.

Si en la donosura del ingenio y en la gallardía del decir, nos creemos muy inferiores al colega estimado, en lo de guardar á los demás periódicos las consideraciones y respetos debidos, no concedemos ventaja ni supremacía á nadie.

INSTANTANEAS

Tarifa de precios

En vista de los asédios que la tarjeta postal causa á todo literato ya de menos ó de más importancia; y persiguiendo un fin práctico y formal que es aminorar el número de esa cartulina andaz, que llueve sobre nosotros como enemigo mortal, yo, rimador ordinario que no se cansa jamás y amable por mi carácter y víctima principal, les propongo á mis colegas agremiarnos y votar una tarifa de precios que á compensarnos vendrá la calandracca continúa que ese sport nos suele dar.

Por ejemplo: una tarjeta de cuatro versos lo más, dos reales para los hombres, para mujeres, un real. Si es prosa, según el blanco que haya para emborronar; si son como las tarjetas esas del «Petróleo Gal» que hay que escribir en el cuello, único blanco que dan, ó entre los cabellos rubios de una dama principal, entonces con quince céntimos más que bien se pagarán; pero si son de las otras con un jazmin nada más ó otra flor que ocupa un ángulo de la tarjeta postal, entonces con dos pesetas muy bien se compensará el trabajo del promista, que ha de ser un Castelar.

No se fia: aquel que mande con toda la libertad que le presta su dinero, puesto que debe pagar, ya sabe que es toma y daca, tarjeta escrita y metal.

Yo redactaré el anuncio con toda imparcialidad y publicará al efecto una tarjeta especial de precios, con el permiso de mi colegialidad.

¡Oh, padres que tenéis hijas puestas á coleccionar, ya está resuelto el problema, no hay que tener cortedad! ¡Con oro nada hay que fallar, como nos dice D. Juan!

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

Un buen amigo

I

Cuando llegué á la estación de Orleans era la una de la madrugada. La población dormía, y como hubiera sido una indiscreción el ir á aquella hora á casa del amigo que me había invitado, me hice acompañar al hotel, donde dije al camarero que me servía que á

las siete de la mañana llevara la tarjeta que le entregué al domicilio de Mr. Bernard.

II

No eran las ocho cuando me despertó mi amigo.

—¿Por fin has llegado! Te esperé anoche hasta el tren de las once y temí que no te hubieras movido de París. ¿Cómo estás?

—Bien. Pero... ¿me dirás al fin le que te pasa?

—Deja que se retire el camarero.

—¿El señor, necesita algo?

—No, nada. Y ahora, sácame del cuidado en que me tienes.

—Ya sabes que me casé hace cuatro meses.

—¿Sí?

—Pero lo que tú ignoras es que soy muy feliz en mi matrimonio y que mi mujer es un ángel.

—¿Lo suponía.

—Sin embargo, es muy celosa, y si supiese...

—¿Cómo! ¿Te has atrevido?

—Es una historia antigua, de la que actualmente no soy responsable.

Dos años antes de casarme trabé relaciones amorosas con la estancquera de la esquina de esta calle.

—Bueno, ¿y qué?

—Cuando supo que iba yo á contraer matrimonio, me llenó de improperios. Hice cuanto pude por romper con ella y en modo alguno he logrado conseguir mi propósito.

Me negaba á verla, cuando hace cuatro días recibí la siguiente carta:

Bernard registró todos sus bolsillos, se puso pálido, lanzó un grito de terror y exclamó:

—¡Dios mío! ¡He cambiado de cazadora!

Y desapareció precipitadamente sin decir una palabra más á su amigo.

III

Durante algunos minutos estuve pensando sin conveniencia dar parte á la autoridad del ataque de locura de que mi buen amigo acababa de ser víctima.

Al cabo de un cuarto de hora, regresó Bernard.

—¡Ah!—exclamó.—¡Qué miedo he tenido!

Esta mañana le he dado á mi mujer mi cazadora para que le pegara un botón que se me había caído. Mientras la pobre cosía, me trajeron tu tarjeta, me puse otra cazadora y corrí á tu encuentro. La carta de la estancquera estaba en uno de los bolsillos de la prenda que se hallaba en manos de mi esposa. ¡Figúrate la angustia que habré pasado!

—¿Pero qué te decía la estancquera?

—Ahora mismo vas á saberlo. Escúchame.

—Soy todo oídos.

—Amigo mío: A una mujer como yo no se le abandona de cualquier modo. Quiero verte y pasar el viernes contigo. Te espero en el gabinete azul del restaurant de las Tres Estrellas. Almorzaremos á las once. Si á las once y medio no has acudido á la cita, iré á preguntarte á tu mujer qué opina acerca de las partidas de caza, y hasta le diré dónde compras las perdices y las liebres que le llevas.

A las once en punto te espera la que todavía te ama con delirio,

NINI.

—¿Y estás seguro de que tu mujer no ha leído esa carta?

—Segurísimo. Me ha recibido alegre y sonriente, y al verme me ha echado los brazos al cuello. Se estaba vistiendo para irse á almorzar con su madre.

—¿Y tú, qué piensas hacer?

—Mi posición es insostenible y quiero romper para siempre con esa maldita Nini de mis pecados. Ante todo, deseo conservar la tranquilidad de mi hogar doméstico. Si la pobrecilla se enterara, ¡adiós, felicidad conyugal!

—Apruebo en absoluto tu plan de conducta.

—Me alegro mucho, porque vas á prestarme un grandísimo servicio.

—De qué se trata?

—De que vayas en mi lugar á la cita. Le explicas á esa mujer mi situación, le ofreces dinero en mi nombre y me salvas de una vez. ¿Aceptas mi encargo?

La comisión era difícil; pero gracias á su originalidad, la acepté sin reparo.

—Yo vuelvo á casa y digo que llegarás en el tren de la tarde. A la hora de comer vengo á buscarte y te presento á mi mujer.

—Corriente.

—¿Pues adiós, amigo mío!

—¡Adiós!

IV

Tan pronto como Bernard hubo partido salí á la calle, y á las once en punto pregunté á uno de los camareros del

restaurant de las Tres Estrellas donde estaba el gabinete azul.

—¿Es usted el caballero á quien esperan?

—Sí.

—Pues venga usted conmigo.

Me puse encarnado y entré. Las persianas estaban bajadas, y los cortinajes casi cerrados apenas permitían la entrada de la luz. Busqué á Nini, y la encontré, al fin, acurrucada, más bien que sentada, en el ángulo de un sofá, envuelta en un abrigo y con el rostro cubierto por un denso velo.

La mujer lanzó un grito al ver entrar á un desconocido en lugar del hombre á quien esperaba.

V

Bernard fué á buscarme al hotel á eso de las siete.

—¿Qué me cuentas de nuevo?

—Puedes estar tranquilo. Todo se ha arreglado á pedir de boca y ya no existes para esa mujer. ¡Creo que hasta tiene lástima de ti!

—¡Gracias, amigo mío, gracias! Me has prestado uno de esos servicios que no se pagan con nada en el mundo!

Y Bernard me estrechó afectuosamente la mano, añadiendo:

—Y ahora voy á presentarte á mi mujer.

VI

Tenía razón mi amigo. Su casa era el nido encantador de una pareja feliz.

Me dejó un instante en la sala y á los pocos minutos volvió acompañado de una señora.

Al ver á esta última, retrocedí aturrido. Creí que Bernard se había vuelto loco. ¿Cómo se atrevía á recibir á Nini en su propia casa, al lado de su mujer? Bernard se adelantó y me dijo:

—Tengo el gusto de presentarte á mi mujer.

Al pensar en aquella escena, aun me estremecí de terror.

VII

Al amigo que ayer me contó tan singular historia, le pregunté apenas hubo terminado su relato:

—¿Y partiste aquella misma noche?

—Sí.

—Supongo que no la habrás vuelto á ver.

—No tengo yo la culpa de nada. No he vuelto á poner los pies en su casa, pero ella viene á verme á mí de vez en cuando.

Alejo Bouvier.

PREGUNTA Y RESPUESTA

La revista barcelonesa «Pluma y Lápiz», ha preguntado á varios escritores y artistas, cómo ganaron la primera peseta.

Benlliure ha contestado que en Valencia, modelando en cera un San Antonio y como pendant el cabecilla Cucala, pues así tenía colocadas las dos figuras quien se las encargó, el Sr. Visent, chocolatero que tenía la tienda en la planta baja de la casa donde nació el artista.

Entonces este profesaba las mismas ideas políticas que el Sr. Visent. Eran carlistas.

Benlliure recibió por su trabajo una peseta y de propina una onza de chocolate.

Manuel del Palacio ha contestado á la pregunta con el siguiente soneto:

MI PRIMERA PESETA

La gané siendo niño todavía. Era mi padre en Soria Tesorero, Y del deber propagandista austero En su oficina trabajar me hacía.

Satisfecho de mí, me dijo un día: Tú con la pluma ganarás dinero, Que escribes como pesos de ligero, Con buena letra y buena ortografía.

Sé que no tienes ambición ni apuros, Y no te doy un sueldo por chiquillo, Pero toma y conserva esos dos duros, Sin que del oro te deslumbré el brillo; Y para que estuvieran más seguros... Me los sacó mi madre del bolsillo.

Manuel del Palacio.

En 1844 dedicó Zorrilla su «Don Juan Tenorio» á D. Francisco Luis de Vallejo,

corregidor que había sido de Lerma. Voy á referir la historia de esta prueba de estima dada por Zorrilla á Vallejo. Era el padre del poeta superintendente general de policía del Reino al llegar á Madrid la Reina D.^a María Cristina, cuya influencia liberal sintió, pues fué destituido, obligándole á salir de Madrid y sitios reales en el término de ocho días y acabando por refugiarse en Lerma, de cuya coligata era canónigo un hermano de la madre de Zorrilla. Este se unió á sus padres terminando el curso que seguía en la Universidad de Valladolid. Tenía entonces diez y siete años, y cierto día se encontró en la calle Mayor de Lerma con un sujeto joven, que le miró y le dijo con acento que revelaba derecho á interrogarle: ¿Quién es usted, caballero, que no tiene trazas de ser de esta tierra? Contestó diciendo su nombre y el de su padre.—Está bien, replicó el desconocido. Tendré mucho gusto en conocer al padre de tal hijo. ¿Dónde le ha educado á usted su padre?—En el Real Seminario de nobles de Madrid.—¿Hola! ¿Es usted discípulo de los jesuitas?—Sí, señor, pero no les hago mucho honor, porque he sido muy desapicado.—No habrá sido en la cátedra de lengua castellana.—Ni en la de otras.—¿Conoce usted muchas lenguas extranjeras?—Tengo rudimentos de tres y rompo en ellas la conversación. Espero tener ocasión de hablar con usted en alguñ; tal vez en las tras.—Estoy á la disposición de usfa.—Y mi corregimiento á la de su señor padre: hágaselo usted presente de mi parte.

Era aquel sujeto D. Francisco Vallejo, corregidor de Lerma, á quien se creyó obligado á visitar, después de lo ocurrido, el padre de Zorrilla, quien tenía, él, superintendente de la época de Fernando VII, al miliciano corregidor; pero al volver de la visita dijo á su familia: «Es un hombre atentísimo y no temo doblez en él; pero no puedo comprender sus intenciones». El corregidor le había dicho:—Yo no puedo visitar á usted, pero envíeme usted á su hijo; no sé comer solo, soy algo hablador y me ha parecido que su hijo de usted no tiene pelos en la lengua.—Luego añadió dirigiéndose á su hijo:—Mañana irás al alojamiento de ese botarate, y seréis dos. Si te invita á comer, acepta, pero no bebas. Habla poco, si puedes, y escucha bien lo que te diga, porque probablemente te lo dirá para que me lo repitas.

Entusiasta por la literatura, Vallejo en el acto simpatizó con el que debía escribir el «Tenorio», hasta tal punto, que una noche le dió un papel diciendo:—Dí á tu padre que queme ese papel en cuanto lo lea, y que no deje de enviar á su hijo de cuando en cuando á comer con el corregidor.—Lo leyó el padre y luego preguntó:—¿Te lo ha leído él á tí?—No.—El viejo superintendente quemó el papel y dijo:—Mañana irás á decir á Vallejo lo que me has visto hacer con su carta y le darás las gracias.»

Hasta ocho años después no supo Zorrilla por su madre lo que decía la carta del corregidor. Era esto: «Tengo orden de vigilarle á usted y de no dejarle respirar, pero puede usted dormir tranquilo [mientras yo sea corregidor de Lerma; y cuando tenga usted que emprender algún viaje], avisémele usted con tiempo para que pueda usted partir sin despedirse de mí, mientras esté yo de expedición por mi insula Barataria; pero no deje usted de enviarme al chico, que tendrá siempre un buen lugar en mi mesa, como creo que lo tiene en el porvenir que abre en España á las letras la revolución que se desarrolla.»

Sabido esto, ¿quién extrañará que Zorrilla dedicase su «Don Juan Tenorio» al que siempre llamó cariñosamente Paco Vallejo?

Higiene en invierno

La presente estación, con sus lluvias, sus nieblas, su temperatura fría y su aire húmedo, es muy abonada á provocar en nuestro organismo toda clase de enfermedad del aparato respiratorio y aun del sistema circulatorio, tales como resfriados, bronquitis, gripe, afecciones de la garganta y del pulmón, etc. La experiencia ha demostrado que el frío húmedo actuando sobre los pies, es en la mayoría de los casos la causa principal de semejantes enfermedades, propias de la estación invernal.

Debido por una parte al modo de vivir modernamente, y por otra á la propia constitución del organismo, lo cierto es que en el hombre civilizado de nuestra época son los pies el punto débil, el que sirve de punta de entrada á aquellas enfermedades de que hemos

